



1. Las tareas del hombre

Comienza el curso académico y político, además de social y económico, con la presencia de José Luis Rodríguez Zapatero al frente de los socialdemócratas españoles. Mientras tanto, en la revista *Claves* correspondiente al mes de septiembre, aparecía un artículo/ensayo de título entre sencillo e interrogante: *Sobre el cansancio de la democracia*, firmado por J. Rubio Carracedo, R. Gargarella y F. Ovejero. Y mientras lo leía, dorándome el sol poniente de este final de verano madrileño, pensaba algunas cosas que le comento ahora, sin mayor intención. Sencillamente, con acento.

Pensaba que el amigo R. Zapatero tiene ante sí una tarea mucho más prioritaria que cualquiera de las que le vienen atribuyendo desde su estirada elección: ¿hay algo más relevante e inmediato, en la tarea de un joven y recién estrenado político a nivel nacional, que invitar a sus conciudadanos y compañeros de partido a recuperar un aprecio sustancial de la democracia en cuanto tal? Más importante que ganarse a la maquinaria socialista, que existe y hasta qué punto, es recordarnos a todos, socialistas y no socialistas, que su afán político es verificar el talante democrático, el quehacer democrático y las relaciones democráticas entre personas e instituciones. Porque, como dicen los autores del artículo/ensayo citado, hemos entrado por un camino, un tanto oscuro e indefinible, de desencanto de la democracia y admisión de soterradas dictaduras...

Pensaba también que, aunque me duela reconocerlo, la llamada Cumbre del Milenio, celebrada en Nueva York, apenas ha servido para algo concreto y práctico. Salvo el crepuscular Clinton y el emergente Putin, nadie ha protagonizado un momento de gloria histórica: aburrimiento absoluto, mientras el secretario general se empeñaba en proclamar la desgracia infinita del universo africano. Los presentes carecían de esa necesaria utopía para sobrellevar un mundo globalizado pero injusto, y prefirieron, los ricos y los pobres, amagar palabras y procesos. A los grandes próceres del momento, la democracia no les importa demasiado: a unos porque se olvidaron de la

maravilla que supone, y a otros por la sencilla razón de que no pretenden implantarla en sus naciones. ¿No sería esperanzador que los jóvenes políticos demostraran en cuanto son y hacen que están interesados por la razón democrática y van a intentar deducir todas las consecuencias necesarias para el gobierno de los pueblos?

Pensaba, en fin, y ya era casi noche, que R. Zapatero tomaba en sus manos *El Príncipe*, del siempre peligroso y sutilísimo Maquiavelo, y leía un trocito del libro, para ir intercalando algunos textos de la *Carta sobre Derechos Humanos*. Así, entre unas páginas y otras, se hacía su composición de lugar en las tareas que como hombre político le han caído en suerte, hasta concluir su peculiar decálogo desde el que llevar adelante su política socialista y, sobre todo, democrática. Este hombre tiene los ojos de un azul claro, tan claro que me hace esperar que idéntica claridad sobrevuele sus afanes y sus días.

Ser y hacer democracia: he aquí las tareas todas del hombre José Luis Rodríguez Zapatero.

P. de P.

2. José Luis Borau

A sus setenta y un años, uno de los pocos maestros de nuestra cinematografía nos ha entregado *Leo*. Dice que del éxito de esta película depende que pueda realizar la siguiente. Maldito sea el dinero del que pende la obra de los maestros. Pero así es.

Como estén así las cosas, decido hacer campaña del filme en cuestión, pero sin rubor alguno y con todo el descaro del mundo: hay que contemplar *Leo* sin mayores explicaciones. Hay que dejarse seducir por el personaje que interpreta Iciar Bollaín, y meterse a saco en el polígono industrial de cualquier gran ciudad de nuestros días, donde se suceden los acontecimientos. Hay que dejarse impregnar de mucho asco ambiental y de tanta dulzura y de tanta ocultación. Hay que ver lo que acontece sin que solamos verlo, porque nos daría motivos de desesperanza saber que existe a nuestro lado.

Por ejemplo, que los negocios de explotación de rumanos y magrebíes y sudacas van viento en popa. Por ejemplo, que los okupas permanecen en un infierno de puro desguace sin futuro alguno. Por ejemplo, que entre los mismos pobres se da la peor de las manipulaciones, la que surge del conocimiento real de sus necesidades. Por ejemplo, que los guardias de servicios de seguridad privada tienen su corazoncito y se empeñan en trasladar muebles en furgonetas de tres al cuarto. Por ejemplo, que en las calles más oscuras de la ciudad oscura, están pensiones de mala muerte donde viven y mueren seres humanos de carne y hueso, como cualquiera de nosotros. Por ejemplo, que las más exarcebadas de las pasiones, hasta ser anormales y absurdas, aparecen en las vidas de los marginales sin remedio. Y por ejemplo, en fin, que la vida de un rumano subterráneo puede acabar en una laguna de malolientes materiales industriales como un fardo. Y tantos detalles más.

La película está bien contada, sin que alcance la magnitud de *Furtivos*, por ejemplo, que resultara emblemática en el 75. Pero la maestría del maestro Borau reside en que, mediante una estética discreta, desarrolla un compromiso ético duro y crudo. El artista no está en nuestro mundo para recordarnos que la realidad es bella: cuando sabemos mirar, sabemos descubrir la belleza. Por ello mismo, el artista está en nuestro mundo para hacernos mirar sabiamente las cosas, y así darnos de narices con su belleza. Una belleza que es gozo y sufrimiento, dolor y esperanzada esperanza. En lo demás. En los demás. En nosotros mismos.

Por todo ello, hay que visionar *Leo*. El que la visione será transportado a un universo que siempre es suyo y que casi nunca habrá querido aceptar con responsabilidad. No es poco servicio el de Borau.

P. de P.

3. Crudo

Resulta que el barril de crudo ha ido elevando su precio hasta alcanzar los 32 dólares mundos y lirondos. Mientras nos divertíamos este verano en playas, montañas y ciudades misteriosas, nuestros felices gobernantes recibían a excelentes personalidades extranjeras, hacían declaraciones relucientes, nos contaban hasta sus privacidades, pero parece que no hicieron lo posible por charlar despacio con los dueños del crudo ni tampoco con los norteamericanos. Ahora, acabado el veraneo, resulta que se nos ponen nerviosos, nos dan explicaciones incomprensibles, intentan dictar órdenes ineficaces, y, en fin, se molestan porque determinados colectivos se lanzan a la calle y a las carreteras clamando sobre el asunto del crudo. Curioso.

La pregunta es de sentido común: ¿cuál es la auténtica clave del potencial occidental/europeo, teniendo presente que cuando unos lejanos árabes o suramericanos suben el precio del barril de crudo, todo se viene abajo? ¿No será que la globalización no es exactamente la misma para nadie? ¿Será que las finanzas mundiales dependen de factores neoliberales pero trucados por realidades todavía no englobadas? A no ser que los Estados Unidos de Norteamérica estén contemplando este feroz enfriamiento de las economías europeas, y hayan decidido que tal desgraciada realidad hace al dólar más fuerte: no en vano, el barril de crudo se paga a tocateja en la deliciosa moneda norteamericana...

En fin, que el crudo se nos ha puesto crudo. Y sería positivo que nuestros políticos, siempre hombres y mujeres que merecen nuestra confianza, dedicaran algunas horas de sus veraneos a visitar esas lejanas y poco agradables capitales de la OPEP, para intentar llegar a determinados acuerdos, aunque resulten algo crudos para todos. Esto de llorar solamente, a la vuelta del verano, es una estulticia de tomo y lomo.

¿O es que nos ocultan alguna página del catón?

D. Hopper